

nal.—Las figuras del Antiguo Testamento y las profecías anuncian este privilegio á la naturaleza de María.—La razón lo acepta.—Las tradiciones lo comprueban.—Los textos de Santo Tomás acerca de la Inmaculada Concepción.—Declaración de este dogma por S. S. Pio IX....	323
BELLEZA DE MARÍA.—Todas las bellezas de María están en germen, en una primera gracia de inocencia y santidad.....	340
Todo lo que fué perfección apareció en la bienaventurada Madre.—Magnífico retrato que de ella hace San Ambrosio.—La santidad de María es sobrehumana.—La maternidad ha sido honrada con la virginidad de María, y la virginidad con la maternidad.....	349

JESUCRISTO.

Indicamos, en alguno de nuestros precedentes artículos, que no podía llegar á demostrarse la verdad del Misterio Eucarístico, si no quedaba antes plenamente demostrada la existencia de Dios y la divinidad del Verbo hecho carne.

En el año eclesiástico que ha terminado ayer, hemos presentado, con la brevedad que requiere la índole de nuestro semanario, las pruebas, á nuestro juicio, luminosas, de la existencia de un Ser Supremo.

Era preciso hacer esa demostración, no sólo para preparar la prueba de la verdad eucarística, sino porque en los tormentosos días en que vivimos, muchos hombres, á título de sabios, han querido suprimir la primera palabra de nuestro símbolo, que es el símbolo no sólo de la fe cristiana, sino de la fe de la humanidad.

Para responder á las exigencias de esos días, tormentosos para la Religión y para la fe, no nos hemos conformado con probar la existencia de Dios y refutar las observaciones que en contrario amontonan los positivistas de hoy: hemos querido, quizá no lo hayamos alcanzado, presentar á la consideración de nuestros lectores las perfecciones divinas de ese Supremo Ser, arte quien el hombre es como la nada, no sólo en sus pensamientos, sino también en su misma sustancia.

Hemos contemplado la simplicidad perfecta, la plénitud infinita del Ser Supremo, su ser personal y viviente, su unidad y su trinidad admirables.

Le hemos visto contemplándose eternamente, admirándose, amándose, bendiciéndose y no teniendo necesidad más que de sí mismo para ser eternamente feliz.

Le hemos visto, sin embargo, que oprimido por la necesidad de derramar el bien, del que posee la plenitud, y de hacer participantes de su felicidad á otros seres, ha salido de sí mismo, y por una palabra que no pudo resistir la nada, ha sacado de ella el Universo para el bien del hombre y para gloria suya.

Creador del mundo, Dios lo gobierna y lo dirige á un fin.

Pero no es Dios, el Dios creador, quien instituyera la Eucaristía.

Es Dios, hecho hombre, quien ha realizado ese prodigio, que la humana lengua no puede explicar.

Es pues, necesario, que, aunque sea con la imperfección de nuestro labio, bosquejemos á Cristo, al Verbo hecho hombre.

Así es que nuestra tarea, dulce y encantadora, aunque muy superior á nuestras débiles fuerzas, será bosquejar, y con frases torpes, como todas las nuestras, el plan divino de la encarnación, para ver destacarse de su fondo, á esa personalidad divina que se llama Cristo, el dulce Redentor del hombre, el Cristo de corazón humilde y divino, el Cristo tan amante del hombre que espira en una Cruz por redimirlo y salvarlo.

EL PLAN DIVINO.

“Sería temerario, dice Augusto Nicolás, que un navegante abandonase la playa y se lanzara sobre

el movable abismo de los mares, al reconocimiento de un mundo lejano, sin los instrumentos precisos que le dirigieran en su camino.

“Pero con la ayuda de esos instrumentos puede racionalmente intentar la empresa, y el encuentro de los continentes, respondiendo á las indicaciones que aquellos instrumentos le hacen, viene á justificar felizmente su atrevimiento.

“Para emprender el reconocimiento del Plan divino, debemos obrar de igual manera. Debemos tomar el compás de la revelación y la carta de la palabra divina.

“El acuerdo de nuestros descubrimientos, con esos medios celestiales que nos dirijan en tan hermoso camino, será nuestra justificación y nuestra recompensa.”

El Plan divino, como lo indica el autor citado, no es otra cosa que un designio primordial, según el que todas las cosas han sido creadas con la mira de un fin.

Nadie puede negar que tal Plan existe.

La inteligencia suprema no podía apartarse de la invariable regla que norma á cualquiera actividad inteligente.

El entendimiento obra siempre inspirado y

dirigido por un fin, al que encamina su obra. El mundo, como lo hemos dicho en artículos precedentes, ha sido creado para gloria de su artífice.

El poder, la sabiduría y el amor que eternamente viven en el Ser Divino, aparecen en las obras creadas, revelando la grandeza de su autor.

La sabiduría, ó sea el Verbo de Dios, ha sido, digamos así, la obrera de su poder infinito.

Es decir, el mundo no ha surgido solamente con ocasión de la creación.

El mundo estaba en Dios, es decir, estaba en la mente de Dios, en la forma de idea, en la forma de pensamiento.

Así es que, la creación, es la expresión del Verbo.

“Es, dice Augusto Nicolás, como un inmenso fenómeno adaptado á este Verbo del Padre, para expresar por cualidades visibles, las invisibles cualidades de que el Verbo es tipo eterno.”

Tal es la hermosa definición que nos da la fe: “*Por la fe, dice San Pablo, sabemos que el mundo fué hecho por el Verbo de Dios, y que de invisible que era, fué hecho visible.*”

El Verbo, en consecuencia, es el principio, la primera palabra.

El fin del mundo, el propósito con que el Señor lo sacara de los tesoros inagotables de su omnipotencia, nos está revelado también por la palabra inspirada del Apóstol de las naciones.

Esa palabra divina del Apóstol ha iluminado, con su admirable concisión, toda la economía del Plan de la creación: "*Todas las cosas son vuestras*, dice San Pablo, *vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.*"

Omnia vestra sunt, dice San Pablo, todas las cosas son vuestras.

He aquí el fin próximo de la creación: el hombre.

El es en quien se viene á resumir toda la naturaleza inferior, el es su rey, el soberano á cuyos piés está sumiso el universo, *omnia sub pedibus ejus*.

Vos autem Christi, agrega el grande Apóstol, más vosotros sois de Cristo.

He aquí el segundo fin de la creación: Cristo.

Cristo no es el Verbo en Dios, como era en el principio, antes de la creación; es el Verbo salido de Dios, el Verbo hecho carne, como apareció en medio de los hombres, á la hora señalada en los decretos del Altísimo.

Dios hizo el mundo por el Verbo, su pensamiento sustancial, y quiso que por él mismo volvieran á El.

En la primera operación, al crear los seres, el Verbo por el cual se hacían, era increado; en la segunda operación, al hacer que vuelvan á El por medio del Verbo, el Verbo es encarnado.

Como increado, es principio creador; como encarnado, es Rey y Pontífice: Ministro de la creación, cuando las cosas dejaron la nada á la voz del Omnipotente; Mediador de Religión, cuando ya estaban existiendo y en camino para su fin.

Dios quiso, dice Augusto Nicolás, que la obra glorificase al arquetipo y al obrero.

Y para glorificar al Hijo, reprodujo sus perfecciones en el mundo é hizo de éste como un templo en que fuese adorado, como un reino en que fuese servido, como una heredad consagrada para su gloria.

Christus autem, concluye San Pablo, *Dei*, mas Cristo es de Dios.

He aquí el fin supremo, el fin último de la creación: Dios, su gloria.

Ni podía ser otra: Dios al crear, ha debido arreglarse por lo más perfecto que pudiese concebir,

y, sin duda, fuera de El, no se concibe mayor perfección.

Principio único de su acción, Dios tenía que ser el fin último de su obra.

Dios ha hecho las cosas, dice el Libro de los Proverbios, para sí mismo, *Universa propter semetipsum operatus est Deus.*

Tales son los tres fines que Dios se propuso al crear el mundo.

La economía del plan divino, dice Augusto Nicolás, se desarrolla así como un magnífico sistema de feudalidad divina, en que la soberanía desciende y remonta, se despliega y se resume por la mediación de personas asociadas á su plenitud: en este sistema, Dios, Soberano Señor de todas las cosas, recibe el tributo de adoración de todos los seres por Cristo, á quien ha constituido heredero soberano y de quien todos los seres somos tributarios.

Este plan se subdivide y se realiza á la vez en tres órdenes distintos y unidos: el orden inferior, que tiende al hombre, *omnia vestra sunt*; el orden mediador, que se anuda en Cristo, *vos autem Christi*; el orden final que termina en Dios, *Christus autem Dei.*

El primero, es el orden de la naturaleza; el se-

gundo, el orden de la gracia; el tercero, el orden de la gloria.

Tres órdenes que se han hecho los unos para los otros, que se penetran sin confundirse, y por el encadenamiento de los cuales el último de los seres de la naturaleza participa ó puede participar de la gloria, de la vida, de la felicidad misma de Dios.

Nótase, desde luego, que en este sistema divino, los tres fines que los constituyen, exigen como necesaria condición de su cumplimiento á Cristo.

La gloria de Dios, Cristo la procura.

La gloria de Cristo, procede de su reinado en el mundo.

El destino feliz del hombre, el destino de la creación, deriva de Cristo.

Con razón San Pablo deja caer de sus labios, esta palabra que resume la grandeza de Cristo: "Dios se propuso restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y de la tierra, reuniéndolas todas por El mismo en un solo cuerpo."

¡Plan admirable, economía sorprendente, obra de la diestra de Dios!

PRIMER FIN DE LA CREACION.

El fin primero de la creación, el designio que Dios tuvo al sacarla de los abismos de la nada, fué, como lo hemos indicado, su propia gloria.

El mundo, en efecto, rinde gloria á Dios, como toda obra la rinde á su artífice.

La excelencia de la obra, su belleza, hacen siempre la complacencia del que la hizo: los que la miran, glorifican, alaban, á quien ha podido concebirla y realizarla.

Al salir del caos, cada una de las obras admirables que embellecen el Universo cantaba la gloria de su Hacedor.

Cada una de ellas llevaba impresa sobre sí la excelencia de su naturaleza, la hermosura de su forma, la bondad de su artífice.

Moisés lo hace notar, al describir las obras de la creación,

Creó Dios la luz y, luego que fué hecha, *vió* el Señor, dice Moisés, *que era buena*.

Encontraba este mismo carácter en cada una

de las obras que salían de sus manos omnipotentes.

Al terminarse la obra en todos sus detalles, *vió* el Señor, vuelve á decir Moisés, que todas las cosas que había hecho eran muy buenas, *vidit Deus cuncta quæ fecerat et erant valde bona*.

He aquí una primera gloria que los cielos proclaman, que el firmamento anuncia, que la creación entera ofrece á su artífice.

Hay otra gloria: de la mano de Dios no salieron únicamente criaturas inanimadas y sensibles; brotaron también seres inteligentes, admiradores de esa obra portentosa que se llama Universo.

Aunque el mundo inanimado y sensible pregona la gloria de su Hacedor, su testimonio era como el eco servil de la voz de Dios.

No tenía conciencia de su hermosura, ni del beneficio de su existencia.

Sólo en el hombre podía encontrar el pensamiento que admira y el corazón que agradece.

Y encontró en el hombre ese pensamiento y ese corazón, y desde entonces el Universo fué como un órgano inmenso de notas dulcísimas que acompañaba la voz del Pontífice, único intérprete, in-

teligente y libre, que pudiese dar un sentido de alabanza y adoración á la armonía incomparable del Universo.

Pero esta segunda gloria que el mundo, por medio del hombre, que era su pontífice y su rey, rendía á su Creador omnipotente, lo era por cierto, digna ni plena.

El mundo todo, con todas sus bellezas, el hombre, con sus atributos casi divinos, el corazón y la inteligencia, son, según la expresiva frase de Isaías, como una gota del gran vaso de la omnipotencia, de la que pueden salir mundos hasta lo infinito, como un polvo ligero que se adhiere al platillo de una balanza, impotente para hacerla oscilar.

Es decir, entre lo infinito, como es Dios, y lo finito, como será el hombre y el mundo, no hay proporción.

Así es, que las alabanzas y la gloria que se levantan del mundo, aun espiritualizadas por el hombre, no honrarían á Dios en toda su plenitud.

No podía, entonces, alcanzar la creación su primer fin: no podía glorificar *digna y plenamente* á su Hacedor divino.

Necesitaba un medio de retorno, de reascensión,

que le hiciera franquear la infinita distancia que la separaba de su Creador.

¿Cuál podía ser este medio?

Es un principio, que la razón fácilmente percibe, que para que una naturaleza alcance su felicidad y su bien, es necesario que vuelva á la fuente de donde ha salido y que vuelva á esa fuente por la misma vía.

Los seres todos salieron de Dios, por su Verbo: por el Verbo, entonces, tenían que volver á El.

El Verbo de Dios tenía, de consiguiente, que ser el medio para que retornaran á Dios todas las creaturas, las que estaban en pie y las que estaban caídas, las íntegras y las que necesitaban ser reintegradas, las que exigían curación y las que vivían en estado feliz.

Y así se hizo: El Verbo hecho hombre lo anunciaba cuando vino á la tierra. "Yo soy el camino, decía, *nadie vuelve al Padre, sino por mí.*"

La vía única y universal que tienen los seres para volver á Dios, es el Verbo encarnado, Cristo, Pontífice de la creación.

La Encarnación del Verbo, realiza en el plan divino, el primer fin de la creación.

El medio, por el cual salieron los seres á la exis-

tencia, fué el Verbo increado, el Verbo en el seno de Dios.

Para volver á Dios, necesitaban del mismo medio, del mismo Verbo; pero no del Verbo increado, del Verbo en el seno de Dios: se necesitaba que el Verbo saliera, digamos así, de las profundidades luminosas del seno de Dios, que ese verbo se hiciera visible.

Y no podía ser de otra manera.

La creación tenía que rendir un homenaje de honor y de gloria á su Creador.

El honor saca su mérito y su precio, no de aquel á quien se tributa, sino de aquel que lo ofrece y lo rinde.

El honor que un pobre pastorcillo tributara á su rey, sería poca cosa; pero el que un rey tributara al más humilde de sus vasallos, sería considerable.

Cuanto más grande es aquel á quien se honra, más grande debe ser el que honra: para que el honor sea adecuado y digno, es preciso que el que honra sea igual al honrado.

Pero al mismo tiempo, se requiere que el que honra, sea inferior al honrado: el que adora, tiene que ser inferior á la divinidad que recibe las

adoraciones: el Pontífice tiene que asimilarse al pueblo adorador á quien él representa.

El Verbo, en consecuencia, como Dios, podía rendir á Dios un homenaje digno de él; pero tenía que hacerse inferior, en su actitud de mediador.

Necesitaba comunicar el valor de sus adoraciones á las naturalezas creadas.

Debía, pues, tomar una de esas naturalezas.

No podía tomar la del angel, porque, entonces, Dios no sacaría la gloria, digna de él, más que de la naturaleza celeste.

No podía tomar la del alma humana, porque entonces recibirías su gloria, únicamente de la naturaleza espiritual.

Era, pues, inevitable, que tomara la naturaleza humana: de este modo, recibía homenajes dignos de toda la creación.

El hombre tiene en sí, el alma que lo liga con las naturalezas angélicas, y tiene el cuerpo que reúne en sí todos los elementos de la materia.

Es el centro de la creación.

Cristo tenía que hacerse hombre, ó como dice San Juan, con una crudeza de expresión admirable, tenía que hacerse y se hizo *carne*.

Trajo á sí, de esta manera, á toda la creación, tomándola por su fondo, para consagrarla toda y hacerla digna de la gloria de su autor.

Y como el Verbo, igual al Padre, en naturaleza, es realmente distinto en persona, el acto de encarnarse es propio del Hijo é independiente del Padre.

Y todos los actos que como Dios-Hombre tenía que ejecutar, eran de igual modo propios é independientes.

Actos de precio infinito ofrecidos al Padre.

Y como actos divinos é independientes del Padre, no le son debidos al Padre: son voluntarios por parte del Hijo; se ofreció porque quiso, dice San Pablo, *oblatus est quia ipse voluit*.

Rindió de este modo al Creador, una gloria hasta entonces desconocida en el cielo mismo, porque en el cielo había un Dios adorado, espíritu que le adoraban; pero no un Dios que adorara.

La encarnación realizó este prodigio estupendo y el Verbo hecho hombre, comunicando por la gracia su naturaleza divina á aquellos cuya naturaleza creada había tomado, se reproduce en sus discípulos, se multiplica en los cristianos y

hace de ellos otros tantos Cristos, otros tantos dioses, adorando á Dios con una adoración que nace de la suya.

De este modo la creación se levanta: rinde á Dios la gloria que sea digna de El.

Por eso, cuando Cristo nació, los ángeles anunciaron la solución del problema de la creación, diciendo: *Gloria á Dios en los cielos*, la gloria que se había propuesto recoger al crear el mundo: sólo encarnándose Dios, como se encarnó, podía tributarle la creación un homenaje digno de su grandeza.

SEGUNDO FIN DE LA CREACIÓN.

Acabamos de ver que Dios recibe de la creación, por medio de Cristo, un honor infinito.

Cristo es el Pontífice de la creación; unido á la naturaleza humana rinde á su Padre celestial una adoración adecuada á su gloria.

Cristo, hecho hombre, es un Dios que adoraba á su Padre.

Es decir, Cristo, hecho hombre, es un Dios adorante.